

La Isla que no se repite

Kevin Sedeño Guillén

LA MUJER DE ANTONIO NO CAMINA ASÍ. EL ANDAR DE ESTA Cubana, carga lentas las marcas de su edad y su todavía esbelto cuerpo se refleja en los espejeantes pisos del Centro de Convenciones de Cartagena de Indias, como si fuera la imagen de una envejecida princesa campesina de los montes de la Isla.

De él sabía muy poco, sólo por un libro inusual que en forma de fotocopia circula aún entre los estudiantes de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena. ¿Quién hizo la primera copia? ¿Cómo llegó a la ciudad ese misterioso ejemplar?

Pero *La isla que se repite* estaba allí, en esa copia sin fecha, casi intemporal, para ser citada casi como dogma en todas las investigaciones sobre la cultura del Caribe. El hecho me desconcertaba y me enorgullecía a la vez, pues era el único libro cubano suficientemente conocido y, en verdad, leído en la ciudad. La fuente principal del asombro, que en lo más íntimo era causa de cierta sensación de vergüenza, se debía a cómo había podido ignorar yo la obra de un coteráneo tan influyente y mentado por los otros.

Cuando salí de Cuba para no regresar, en los primeros meses de 1999, Antonio Benítez Rojo era un desconocido para mí, a pesar de que sus libros habían sido premiados y publicados allí: *Tute de Reyes* (1967), Premio de Cuento de Casa de las Américas de ese año; *El escudo de hojas secas* (1969), Premio de Cuento de la UNEAC de 1968; *Heroica* (cuentos, 1976) y las novelas *Los inquilinos* (1976) y *El mar de las lentejas* (1979). Mi ignorancia llegaba a desconocer que *Los sobrevivientes* (1979), magnífica e irónica película de Tomás Gutiérrez Alea, se debía a un también premiado guión escrito por Benítez Rojo. De hecho, el escritor ya no vivía por entonces en Cuba.

Todas esas cosas vine a saberlas mucho después, cuando *El Universal*, de Cartagena, informó que Antonio Benítez Rojo, «uno de los más grandes ensayistas del Caribe», había confirmado su participación en el IV Seminario Internacional de Estudios del Caribe, que se celebraría unos pocos meses después de mi llegada a la ciudad.

En esos tiempos iniciales de mi destierro, como lo sigue siendo hoy, cualquier contacto con un cubano de carne y hueso era un hecho revitalizante. Mucho más si ese posible encuentro venía signado de tantas afinidades que superaban el hecho quizás casual de haber nacido en el mismo país. El interés en los temas insulares era el centro primordial que me atraía, en el afán de reconstruir desde la ausencia el mapa borroso de la cultura cubana, valiéndome para ello del prisma privilegiado que ofrece la circunstancia insular.

Llegó el Seminario y con él Antonio; quien, para generar más expectativas en mí, fue programado para el momento final, en clara señal de que en temas caribeños él tenía, entre los presentes, la última palabra. En el plegable de presentación, su nombre aparecía junto al de Doris Sommer, conformando la delegación de Estados Unidos. Contradictoriamente, la representación de Cuba la constituía por sí solo el ensayista Víctor Fowler, quien no llegó.

Estos detalles no podían pasarme por alto en esos momentos inaugurales, en que me despojaba de mi «virginidad» insular y me abría a un mundo caribeño, que sólo parecía habitar en el discurso académico y diplomático. Mi condición de cubano de Camagüey, creído por su educación «revolucionaria» de que la Isla era el ombligo del mundo y lo demás eran «áreas verdes», me hacía entrar con asombro a la nueva sensación de pertenencia al Caribe.

La fascinante presencia de Luis Rafael Sánchez, que aunque profesor en Estados Unidos, nadie negaba su representatividad puertorriqueña; junto al no menos boricua Ángel Quintero, obsesionado con el estudio de la música salsa; o el discurso inaugural del barranquillero Gustavo Bell Lemus, por entonces vicepresidente de la República de Colombia, alegando por la recuperación de los «beneficios emocionales» de la pertenencia de la costa atlántica colombiana al mundo del Caribe, actuaban como estaciones fulgurantes en la espera de la conferencia de Benítez Rojo.

Estela de descubrimientos que se producían en mí, ante el desconocido mundo caribeño y que se propagaba con distinta intensidad, pero igual estado febril, al escuchar al escritor Ramón Illán Baca recordar la expresión de una excéntrica señora que en la Santa Marta de su infancia reiteraba la expresión: «¡Oh, que mar tan marítima!»; ante los argumentos del historiador Alfonso Múnera Cavadía —fundador y director del Seminario—, que reclamaba para Cartagena la condición de «centro simbólico del Caribe», que en otras cordenadas espacio-temporales se han disputado La Habana y también Miami; o ante la disertación de la socióloga francesa Elizabeth Cunin, que me enfrentaba al hecho de que para hablar de nuestras identidades, era necesario enfrentarse a unos «territorios inestables y abiertos», donde predomina lo múltiple, lo mezclado y lo cambiante.

Todo lo anterior constituía un misterio iniciante que recorría los velos que han mantenido a la línea principal del pensamiento cubano, casi al margen de la problemática caribeña. Inmersión tal en la reflexión sobre la complejidad del Caribe, junto a una primera lectura de *La isla que se repite*, hecha con prisa en la susodicha copia itinerante, me enfrentaron con menos inocencia a la conferencia de Benítez Rojo. «El Caribe en el siglo XXI: un proyecto

de trabajo», era el título de aquella intervención final, en un espíritu marcado por la llegada del nuevo siglo y la transitoriedad de un ambicioso proyecto de revisitación de lo caribeño, que no alcanzó a materializar en toda su plenitud.

En una modesta postura de futurólogo, de los que le han faltado al Caribe, el maestro proponía «algunos lineamientos generales que ayudarían a la formación de discursos disciplinarios que estudien globalmente este fragmentado territorio oceánico». Excedía su perspectiva literaria y cultural anterior, para lanzarse a una aventura de carácter político y humano que le permitiera a los países de la región conformarse en una especie de confederación y escapar así al naufragio de índole globalizador.

«Nada como un buen mito de fundación para consolidar identidades, y hay que concluir que el de la legendaria Atlántida nos viene como anillo al dedo» —afirmaba—, para proponer luego que el nuevo conjunto de islas, que además de las Antillas incluyera las que se localizan en el Atlántico subtropical y tropical, desde Cabo Verde a las Azores y desde las Bermudas a San Andrés y Providencia, se llamara en lo adelante: Nueva Atlántida, «el último archipiélago». Las últimas palabras de Antonio reincidían en una profunda nostalgia y creo que es importante que las releamos ahora en extenso:

Pero hay algo más difícil de observar que también es nuestro. Una tristeza húmeda y secreta que rara vez compartimos, tristeza producto de nuestro alejamiento microcósmico, de nuestra soledad en medio de tanta sal y tanto turista, sentimiento que expresa magistralmente la voz caboverdiana de Cesárea Évora. Es esta soledad de naufrago la que frecuentemente nos ha empujado a abandonar nuestras playas en busca de otras tierras más amplias, más pobladas, más ricas (...) Con el tiempo nos desencantamos y viene la nostalgia del mar y de la brisa, de las modestas catedrales, de las fachadas barrocas y los cañones herrumbrosos, de las palmeras y el carnaval. A veces demoramos en regresar, y eso es triste.

A ese Antonio aparentemente desencantado y triste, me acerqué en persona al final de su conferencia. Me acerqué con ese miedo con que uno se aproxima a los maestros, que debe ser el mismo que siente un muchacho novato cuando teme escuchar un «no» en los labios de un primer amor no sido. Y a eso se limitó quizás nuestra relación física, a un amor no sido. A mi ansiedad respondió él con cierta lejanía, como en una sensación de no estar, tal vez el peso de un cansancio muy viejo o un cuerpo que comenzaba a no ser ya buena morada para el hombre. El encuentro se limitó a unas pocas palabras, a un formal intercambio de tarjetas y otros nimios detalles que escapan a mi memoria seis años después.

Pero hubo algo que a pesar de mi innegable desilusión calmó aquel momento de empatía. Fue la presencia junto a Antonio de su esposa Hilda, quien al ser reclamado él por otros asistentes, intercambió conmigo unas breves, pero enfáticas y afectuosas palabras, que compensaron con creces la sensación de abandono que sentí como reciente caribeño transterrado.

Ese estar de Hilda tan cerca de Antonio, iluminaba un no sé que de su presencia, una figuración «de cierta manera», que no estaba en una particular corporalidad caribeña, sino que se irradiaba plenamente desde su quietud. El encanto cubano de Hilda Otaño selló para siempre en mis recuerdos, el momento en que conocí a Antonio Benítez Rojo.

Nunca más crucé este puente tendido frágilmente hacia el maestro, ni medió nueva comunicación personal entre nosotros, pero aquel instante me marcó, como sólo lo han hecho otras dos visitas que luego recibiría en Cartagena de Indias: la del investigador camagüeyano Luis Álvarez y la de la novelista Mayra Montero, colmados estos instantes de una trinidad de lo cubano, que ha alimentado permanentemente mis obsesiones insulares.

Ayer desperté soñando con Antonio; el contenido del sueño me abandonó al despertar, pero de vuelta a la vigilia presentí la posibilidad de su muerte, aún sin conocerla por los periódicos. Sin embargo, el momento final se temía, según me había hecho saber Alfonso Múnera en una conversación reciente. El sueño no podría tener otro significado que una especie de despedida que el escritor me regalaba, inmerecidamente, como última pirueta al estilo de las deidades afrocubanas con que tan familiarizado se encontraba. De la cama salté sin otros tránsitos a la ilación de estas páginas, valiéndome de la ausencia de Antonio para hablar de él, sin miedo a su rubor, para acercarme a una definición inicial de su lugar en los estudios del Caribe.

La isla que se repite: El Caribe y la perspectiva posmoderna (1989) es, sin lugar a dudas, su obra más convocante y polémica. En ella el ensayista se enfrenta con éxito a lo que puede considerarse el más reciente megaintento de sistematización de una perspectiva científica, para enfrentarse a la comprensión de los orígenes y la particular configuración de las culturas del Caribe.

En su relectura del Caribe, el autor recurre a los más diversos artilugios posmodernos, como el concepto de máquina de Deleuze y Guattari, la teoría del Caos, el teorema de Gödel y la matemática fractal, para rearticular un meta-archipiélago sin límites y sin centro, en cuyas brumas percibe una isla que «se repite» a sí misma, entre desplazamientos y bifurcaciones, y que se expande a todos los mares y tierras del planeta. Opone así a la máquina teórica-epistemológica y de poder con que opera Occidente, la máquina poética—teleológica— de resistencia de los Pueblos del Mar.

Esta isla que «se repite» en un meta-archipiélago extendido «de cierta manera», expuesta en esa obra singular que es *La isla que se repite*, de Antonio Benítez Rojo, deberá ser colocada junto a esfuerzos semejantes, como el del maestro Fernando Ortiz en su *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) —a quien Benítez dedicó su libro— y al de José Lezama Lima, inventando el gran mito que nos faltaba con su enunciación de la teleología insular. Pero como dejó dicho el propio Benítez Rojo en su libro: «Todo caribeño, al final de cualquier intento de llegar a los orígenes de su cultura, se verá en una playa desierta, solo y desnudo, emergiendo del agua salada como un naufrago tembloroso —*The Spanish Man*—, sin otro documento de identidad que la memoria incierta y turbulenta inscrita en las cicatrices, en los tatuajes y en el color mismo de su piel».

La soledad y la desnudez final a la que apela Benítez Rojo tras su notable esfuerzo sistematizador, ha sido asumida por algunos como una inconsecuencia que nos devuelve a una ya superada postura identitaria de corte esencialista. Tampoco algunos sectores de la intelectualidad, dentro y fuera de la Isla, han visto con buenos ojos este libro que despoja a Cuba de su carácter central en el mundo caribeño; aunque, sin dudas, esta propuesta puede anotarse más bien como un logro, pues al superar los límites impuestos por las fronteras naturales de la Isla, se aproxima a una concepción pancaribeña, en la cual las particularidades y las diferencias ceden momentáneamente, ante un conjunto discontinuo en que se subsumen sus partes a favor del todo, pero sin dejar de tener existencia por sí solas.

Quizás tentado por el mismo juego entre la teoría y la práctica literaria, que llevó a Alejo Carpentier a querer traducir en *El reino de este mundo* (1949) su concepción de «lo real maravilloso», Benítez Rojo suma a su ya amplia obra narrativa y ensayística dos novelas que exploran el perfil del Caribe: *El mar de las lentejas* (1979) y *Mujer en traje de batalla* (2001).

Ahora, desde el lugar privilegiado en que se encuentra tras su muerte, Antonio alcanza seguro a tener una vista más completa del meta-archipiélago que abandona, ofreciéndonos el espejo de su pensamiento para mirar el reverso de estas aguas, donde flotan neblinosas miríadas de islas que engañan a propios y extraños, al atraerlos con su bullanguero canto, al corazón de esta isla que no repite, a la espera de una madrugada aún pendiente.